



Raúl Guerra Garrido fue un escritor incómodo para casi todos. «Me he dejado la piel en cada una de mis novelas», dijo al recibir el Premio Nacional de las Letras. EFE

Fallece Raúl Guerra Garrido, el escritor que diseccionó el miedo y lo convirtió en literatura

El autor de obras como 'Cacereño' y 'La carta' murió ayer en San Sebastián a los 87 años por las complicaciones de salud tras una caída que le mantuvo hospitalizado

ALBERTO MOYANO

SAN SEBASTIÁN. El escritor Raúl Guerra Garrido (Madrid, 1935) falleció ayer en San Sebastián a los 87 años en un centro de salud donostiarra a consecuencia de las complicaciones derivadas de una reciente caída. Con su fallecimiento, desaparece uno de los autores fundamentales del último medio siglo largo del panorama literario vasco y, en especial, guipuzcoano. Guerra Garrido abordó antes que nadie, y en muchas ocasiones mejor que nadie, algunos de los temas que con los años han hecho fortuna en el panorama literario: la inmigración en la muy temprana 'Cacereño'; las tóxicas y endogámicas relaciones de algunos asfixiantes pueblos en 'Todos inocentes', la dura vida del

pescador en 'La mar es mala mujer', las prácticas de la Policía franquista en el relato 'Con tortura' y, por supuesto, las consecuencias de la actividad de ETA en 'Lectura insólita de El Capital' y en 'La carta', aquella novela maldita que tantos disgustos le ocasionó. Porque si algo fue el autor de 'Castilla en canal' es un escritor incómodo para casi todos.

Su material de trabajo fue el miedo. A la pobreza, al desempleo, a las amenazas, al patrón, al desarraigo. Para diseccionar de arriba abajo esta Euskadi a la que hemos legado y airear con gran pericia narrativa sus miserias, Guerra Garrido creó el pueblo ficticio de Eibain, igual que Faulkner alumbró Yoknapatawpha a partir de Oxford, Mississippi, o García Márquez se sacó de la manga Macondo. Ahí puso a vivir a un puñado de personajes que le sirvieron para levantar tramas inmortales en lo que a este pequeño país respecta: el pobre Martín, el 'cacereño' José Bajo y el industrial Lizarraga, arquetipo de tantos empresarios que formaron binomio en Gipuzkoa con alguna localidad: Orbeagoze en Zumarraga o Aris-

train en Legazpia.

Aunque nacido en Madrid, pronto se trasladó a Cacabelos, en el Bierzo leonés, y posteriormente, en 1960, a San Sebastián. Farmacéutico de formación, Guerra Garrido abrió un establecimiento en el barrio donostiarra de Larrata, donde la convivencia cotidiana con la comunidad de inmigrantes le proporcionaría materiales para su novela 'Cacereño' (1970).

Ataques a su farmacia

La novela, a la que la censura amputó un par de frases, ha demostrado un largo aliento: en cincuenta años ha conocido innumerables reediciones y a día de hoy sigue 'viva' en las librerías. En cuanto a la farmacia, años después sería atacada y quemada por simpatizantes de la izquierda abertzale debido a las posiciones políticas del escritor, más que próximas al Foro de Ernuva. Antes ya había publicado la novela 'Ni héroe ni nada' y, sobre todo, el relato 'Con tortura' (Premio Ciudad de San Sebastián). A alguien no le sentó bien aquel texto porque, a la salida de la presentación en

la biblioteca de la plaza de la Constitución, el escritor se encontró con que su vehículo había sido vandalizado.

Los últimos años de la dictadura le sirvieron para afilar una voz propia que cristalizó en la historia del secuestro de un industrial que narró en 'Lectura insólita de El Capital' (1976) con la que saltó a la primera línea del panorama literario, a lomos del Premio Nadal que se llevó la novela. Con 'La costumbre de morir' (1981) y 'Escrito en un dólar' (1983) exploró las posibilidades de la novela ne-

LAS CLAVES

TERRITORIO LITERARIO

Creó el pueblo de Eibain con tramas inmortales sobre este pequeño país

EL DEDO EN LA LLAGA

En pleno franquismo escribió 'Con tortura' y en 'La carta' narró la zozobra de un empresario extorsionado por ETA

gra como vehículo de denuncia de los desmanes sociales y tras 'El año del wólfam' (finalista del Premio Planeta en 1984) y 'La mar es mala mujer', puso el dedo en la llaga con 'La carta' (1960), donde narra los silencios y zozobras de un industrial que recibe una petición de ETA para que abone el 'impuesto revolucionario'. Esta vez el malestar que causó la obra desbordó el ámbito del entorno abertzale y alcanzó a algunos sectores del nacionalismo. Las presentaciones de la novela se convirtieron en una lista de 'deserciones' de última hora. También le granjeó algún desencuentro con el entonces consejero vasco de Cultura, Joseba Arregi.

Volvió a molestar a amplios sectores sociales con 'Tantos inocentes', sobre la muerte de un vecino de Eibain durante las desatadas celebraciones de la víspera de la fiesta de Santa Águeda. Un crimen del que nadie quiere saber nada y que lleva la firma de los 'idiotas morales'. Alguien vio similitudes con unos hechos reales en los que efectivamente estaba basada la obra y la polémica volvió a rodear al escritor. También

mostró su destreza en el género de viajes con 'Castilla en canal' y su perspicacia en la observación de paisajes y paisanajes evocados en el tiempo con 'La Gran Vía es New York'.

El asesinato a manos de ETA de amigos como José Luis López de Lacalle, los ataques de la 'kale borroka' a su farmacia y la obligación de llevar escolta redujeron su vida social y afectaron a su estado de ánimo. «He escrito con miedo», reconocía en 2017 en una entrevista en este periódico. Y añadía: «El miedo es el protagonista de mis novelas del País Vasco y todo el que quiera hacer un estudio de lo que han sido estos últimos cincuenta años aquí no entenderá nada si no lo mira a través del cristal del miedo». Con todo, tampoco se dejó amargar la vida. «La mejor venganza es vivir bien», comentaba con su fino sentido del humor.

En 2006, con motivo de la concesión del Premio Nacional de las Letras, aseguró: «Me he dejado la piel en cada una de mis novelas». Y son precisamente sus obras las que dan fe de esa ambición literaria que le impidió caer en lo fácil o lo transpos. Pocos autores resultaban tan exigentes y a la vez, tan honrados con el lector.

Homenaje en la Diputación

A lo que nunca se animó fue a escribir la novela de la Euskadi post-ETA —lo haría con gran éxito Fernando Aramburu con 'Patria'— ni a fabular desde la ficción sobre su experiencia como amenazado, excepto tangencialmente a través de la figura del escolta, en 'La soledad del ángel de la guarda'.

Su última comparecencia pública fue el emotivo homenaje que le brindó la Diputación Foral de Gipuzkoa a través de su Departamento de Cultura hace tres años. Ahí se le pudo ver feliz, rodeado de familiares y amigos. En aquel acto, la ministra Celaá le entregó la Gran Cruz de la Orden Civil de Alfonso X El Sabio. «Sólo he estado una vez en la Diputación y fue por una inspección de Hacienda», dijo aquella noche. Como sus libros, duro por fuera, tan humano por dentro.

El otoño siempre hierne

FÉLIX MARAÑA

No se puede explicar la obra, el pensamiento, la vida de Raúl Guerra Garrido sin su vínculo, arraigo, y en el País Vasco. A esta ciudad llegó con su título de Farmacia, una imaginación desbordante, una novicia, una vitalidad y energía más allá del común y un deseo de comprender el mundo. Si algo hemos de destacar de su obra es su capacidad para mirar en perspectiva, para ver lo que otros no veían o no querían ver. Eso distingue al intelectual, saber apreciar el horizonte.

Recién titulado en la profesión que también determinó su vida, construyó familia y farmacia al lado de este mar Cantábrico, donde soñó todos los horizontes y ha muerto. Y fue llegar y escuchar, ver y analizar el discurso de la sociedad. De ahí nace su primera obra, 'Cacereño', que fue cuento antes que novela, un relato que esbozaba la peripecia de la emigración interior (de los charnegos, manchurrianos, maquetos, coreanos, belarrimotzak), que pobló Gipuzkoa en los años sesenta del siglo XX. Ganó el premio Ciudad de San Sebastián en 1968 y en 1970 publicó la novela del mismo título, que retrató la tensión de una sociedad que acoge y recibe, con más o menos aprecio o menosprecio, a quienes llegan en busca de horizonte. Hay en esa novela un peso histórico y sociológico revelador que, como dijo José de Arteche, era una advertencia para todos.

En esta y otras miradas, Guerra Garrido fue un adelantado. Lo fue a la hora de entender el drama de la violencia como vemos en su novela 'Lectura insólita de El Capital' con la que obtiene el premio Nadal en 1976. Plantea una situación dramática: el secuestro de un empresario a quien por todo ali-

mento ideológico invitaban a leer a Carlos Marx.

En aquellos días Guerra Garrido estaba ocupado también en una acción colectiva que no era revolucionaria pero formaba parte de su construcción intelectual. La de un resistente que se niega a dejar pasar la existencia sin preguntarse qué puede hacer por cambiarla. Uno de sus lemas era invocar el 'atrévete a equivocarte'. Así, se implicó en la edición de las revistas 'Kurpil' y 'Kantil', un proyecto de animación cultural que tenía por objeto el reconocimiento y promoción de la creación literaria y artística.

En una de sus últimas novelas, 'El otoño siempre hierne'

(2000), afirma que «el sol es la última alegría del resucitado», donde aparece su alma de poeta, que él nunca advirtió, incluso llegó a negar. Esta novela es una meditación sobre el sentido de la vida tras conocer el narrador, el propio novelista, que ha fallecido un pariente en la tierra de El Bierzo, de donde procede la familia. Es la misma herida que recibe por la vida, por la imposición o por la violencia, el receptor de aquella carta que tantos ciudadanos recibieron en el tiempo oscuro, en la que se les instaba, bajo amenaza de muerte, a contribuir a financiar el terror. Se ha dicho que en Euskadi se ha tardado en retratar en la literatura aquella infamia, pero

entonces es que no se ha leído a Guerra Garrido en 1968, 1970, 1977, 1990. ('La carta', la que recibe el industrial Luis Casas para que se vaya preparando).

Un día, un día muy triste, la farmacia de Raúl, en cuya rebótica hizo tantas guardias y escribió algunas de sus mejores páginas nocturnas, voló por los aires, ardió en una ceremonia cruel. Afortunadamente, supo reaccionar con inteligencia y seguir creando, escribiendo, viviendo y pensando en alto en la ciudad y el país que más amó, aunque algunos de sus contemporáneos entendieran lo contrario. Sus libros (medio centenar de narrativa, una excelente colección de cuentos, algunos ensayos primorosos) resumen y explican la tentación constante de un hombre con ilusión por el futuro, que hace tan sólo unas horas nos preguntaba cuándo saldrá el libro 'Pío Baroja, novelista y médico', del que nuestro escritor es parte. Una de sus últimas alegrías. Agur eta ohore.

Quien diga que la literatura vasca tardó en retratar la infamia del terrorismo no ha leído a Guerra Garrido

bilbao museoa

BBKateak



Van Dyck-Sáez
Aurrez aurre / Cara a cara

DOAKO SARRERA / ENTRADA GRATUITA

Arte Ederren Bilboko Museoa
Museo de Bellas Artes de Bilbao

bbkE

LOTERÍA MENDIETA

35 años repartiendo alegrías

JUEGA ON-LINE CON NOSOTROS

Club de apuestas "estés donde estés"

www.loteriamendieta.com

¡Que la suerte te acompañe!
Para nosotros tú eres nuestra mejor suerte

4 PREMIO
59444

Venida Carlos VII Etorbidea, 17, 48920 Portugalete 944 83 23 60